

Nadie dijo una palabra. Silenciosamente a los pocos momentos, abandonaban los representantes extranjeros la Embajada Americana. Al traspasar el umbral del edificio, ya en la calle, uno de ellos dijo: "Es curioso este Embajador: cuando se trata de dar auxilio a un jefe rebelde y que bajo el pabellón de su Patria se concierte el derrumbe de un gobierno legítimo ante el cual él está acreditado, no tiene inconveniente en intervenir, ser testigo del pacto y aún discutir las personas que formarán el nuevo gobierno, sin que le preocupe si se trata o no de asuntos interiores del País; pero cuando se trata de salvar la vida a dos personajes políticos, a quienes la traición y la infamia quizá, están disutiendo la manera de matar, encuentra que su posición de representante de una potencia extraña, no le permite intervenir, aunque sí califica, a raja tabla y con notoria indiscreción, a los gobernantes del País ante quienes está acreditado."

—"Tiene usted razón replicó otro de los Ministros, quizá eso sea un capítulo secreto de la doctrina Monroe, que aún no llega a nuestro conocimiento. Y ya que habla usted de indiscreciones, agregó: ya no habrá hoy hojita?"

—"Para qué, replicó el interpelado, ya hoy habrán trasladado la imprenta a lugar más cómodo."



CAPÍTULO XLV.

"LA RENUNCIA DEL PRESIDENTE"

El diez y nueve de febrero en la tarde, fueron convocados los miembros del Cuerpo Diplomático, por el Embajador, para darles a conocer la comunicación del General Huerta, en la que participaba la caída del Gobierno de Madero. El Embajador leyó la nota del General Huerta, y al mismo tiempo, la contestación que había formulado, en la que se reconocía al nuevo Gobierno. Los diplomáticos rechazaron el proyecto de Mr. Wilson y resolvieron esperar al día siguiente, para contestar la nota, pues habían llegado a ellos muchos rumores, y no sabían en realidad quién encabezaría el Gobierno que iba a suceder al caído.

El Embajador, habiendo fracasado ante sus colegas, dirigió sus esfuerzos a que el señor Madero renunciara.

Los padres del infortunado Presidente le dirigieron una nota, pidiéndole interviniera, como Jefe del Cuerpo Diplomático, para salvar la vida de sus hijos.—En esos momentos aún ignoraban que don Gustavo había sido asesinado en la madrugada,— y suplicaron al Ministro de Cuba y al Encargado de Negocios del Japón, entregaran personalmente el oficio al Embajador, encareciéndole convocara inmediatamente a sus colegas para que la acción se ejercitara en nombre de todos.

Los señores Márquez Sterling y Horigoutchi, que ya sabían a qué atenerse sobre el particular, porque habían presenciado la víspera la escena entre el Embajador y el Ministro de Chile, violentamente se dirigen a la Embajada, y ceremoniosamente hacen entrega del oficio, en presencia de varios Ministros extranjeros, entre ellos el de España, señor Cologan.

Mr. Wilson, al enterarse de la petición, estruja el papel y lo guarda en uno de sus bolsillos, diciendo que nada tiene que ver él en aquello. El Ministro de Cuba reclama, no es una carta particular para el Embajador, sino una nota para el Cuerpo Diplomático, y es éste y no el representante de los Estados Unidos, quien debe resolver el asunto. El representante del Japón, apoya enérgicamente al Ministro Cubano. Apremiado el Embajador, saca la nota de los señores Madero, del bolsillo del pantalón, donde la había guardado y la pasa al Ministro de España. El señor Cologan, al enterarse de ella, se indigna ante la actitud de Mr. Wilson y declara que es preciso hacer todo esfuerzo para salvar la vida de los funcionarios presos. Si el Embajador se niega a convocar al Cuerpo Diplomático, él, que es el decano, (1) hará la convocatoria y expondrá a los Ministros la conducta del Representante de los Estados Unidos. Surge una acalorada discusión, pero los Ministros de España y Cuba no ceden y al fin, el Embajador propone que se pida al nuevo Gobierno no imponga un castigo demasiado severo al ex-presidente de México. Los Ministros se oponen

(1)—Conforme a los usos diplomáticos, el Embajador, por su categoría preside el Cuerpo Diplomático, cualquiera que sea la fecha de su nombramiento y le sigue el decano que es el Ministro cuya fecha de recepción es más antigua.

abiertamente a la proposición. Esto sería, aceptar que debe castigarse al señor Madero, y ello no entra en el papel de los representantes extranjeros en México. Su intervención sólo puede efectuarse, en nombre de la humanidad, y sobre todo, requeridos como están por los padres de una de las víctimas, para salvar las vidas de los presos; pero no deben juzgar la conducta de nadie, ni la de los unos, ni la de los otros.

El Embajador parece ceder y propone que los Ministros vean al General Huerta y le pidan la vida del señor Madero; pero particularmente, sin invocar la autoridad de sus respectivos gobiernos, alegando que él carece de instrucciones, y que si la petición se hace en otra forma, los nuevos gobernantes, por no aparecer que sufren una imposición, negarán lo que va a solicitarse. El tiempo apremia. Se acepta lo propuesto por el Embajador, quien acaba por ofrecer que hablará personalmente con D. Félix Díaz sobre el particular.

Los Ministros de España y Cuba se encargan de la gestión y se dirigen a Palacio. No encuentran al General Huerta, pero hablan con el General Blanquete: éste les dice que nadie ha pensado en matar al señor Madero, y que si éste renuncia, ese mismo día saldría, convenientemente escoltado, para Veracruz, donde podría embarcarse para el extranjero, en el primer barco que saliera del puerto. El Ministro de Cuba ofrece el crucero "Cuba," de la marina de su Patria, que estaba anclado en Veracruz, para el transporte del señor Madero y su familia. Se discuten los pormenores de la salida, y aún se habla de quién mandará la escolta que acompañe al ex-Presidente. Es preciso, dice uno de los presentes, que al frente de ella no vaya un oficial irresponsable, sino un jefe de graduación que sepa la responsabilidad que

contrae. "No hay inconveniente en eso, replica el General Blanquete." La escolta irá mandada por un General que el mismo señor Madero designará." Todo parece arreglado, sólo que los Ministros desean que el General Huerta ratifique esas palabras y para ello suben a la Presidencia. Ahí está el licenciado Rodolfo Reyes. Al verlos se lamenta de lo sucedido a don Gustavo Madero y al señor Bassó. Los Ministros acaban de estar en contacto con este último, con motivo de la recepción que el Presidente había dado el primero de Febrero, en la que elogiaron el gusto y tacto con que arregló todo, de manera que al saber que ha sido matado, se interesan en el asunto y preguntan el motivo del fusilamiento. El licenciado Reyes no lo sabe, lamenta el caso, se lleva las manos a la cabeza y demuestra un gran pesar: al fin dice: "Supongo que mis amigos han matado a Bassó por ser quien mató a mi padre."

Los señores Cologan y Márquez Sterling se alarman ante aquella noticia e insisten en ver al General Huerta, para cumplir su misión inmediatamente; pero no lo logran. Nadie sabe dónde está. Se dirigen entonces a las habitaciones donde están presos el señor Madero, el señor Pino Suárez y el General Felipe Angeles.

El señor Madero está rodeado de casi todos sus Ministros y cariñosamente alarma al señor Vázquez Tagle, por no haber querido dar la mano al General Huerta el día de la aprehensión.

Enterado de las gestiones del Cuerpo Diplomático, está conforme en renunciar; pero su renuncia la depositará en manos del Ministro de la República de Chile que se encuentra visitándolo en su prisión, y quien la entregará cuando ellos se encuentren a bordo del crucero "Cuba."

Rápidamente se extiende la renuncia y la firman los señores Madero y Pino Suárez, entregándola al señor Lascurain para que la enseñe al General Huerta. Todo queda convenido. El señor Madero, con manifiesta improvisación, designa al General Angeles para que mande la escolta que debe acompañarlos a Veracruz. Se le dice que eso es imposible, pues el General Angeles está preso; se le hace ver que esa designación va a despertar las suspicacias de sus aprehensores. Todo es inútil: El Presidente no transige, cree que todavía tiene Poder, cree sobre todo salvar así al prisionero, por quien tiene gran afecto. Se aferra en su idea, y no hay modo de convencerlo. El señor Madero, va, con su designación, a precipitar los acontecimientos y a hacer inútiles todos los esfuerzos para salvarlo. El General Huerta, que es esencialmente desconfiado y desleal, creerá que se le pretende tender una celada: que el señor Madero, con el General Angeles al frente de una escolta, pueden hacer fracasar todas sus ambiciones y todos sus trabajos y no dará ocasión para ello. El señor Madero firmaba su sentencia de muerte.

Allí mismo se acuerda que los prisioneros salgan esa misma noche para Veracruz y que los acompañen, durante el viaje hasta el puerto, el Ministro de Cuba y el Encargado de Negocios del Japón, que se ofrece a ello. Se fija la hora de la partida para las diez de la noche, pero el señor Madero suplica al Ministro de Cuba regrese a la prisión dos horas antes. Así queda convenido, sin consultar al General Huerta, ni a ninguno de los que tienen el Poder efectivo. El señor Madero y sus Ministros continuaba soñando; ni la brutalidad de los hechos los hacían volver a la realidad de las cosas. Seguían creyendo en la sinceridad de aquellos hombres a quienes só-

lo movía la ambición y todavía creían que había piedad en aquellas almas, cuya perversión era tan grande como sus ambiciones. Los Ministros extranjeros salen para buscar al Jefe de la Plaza; pero nada consiguen: Fué imposible encontrarlo, sólo logran ver a los señores de la Barra y Vera Estañol: Los dos les aseguran que nada pasará a los presos y en cierta parte tranquilos, con tales seguridades, se retiran a sus domicilios.

El señor Lascurain y don Jaime Gurza salieron con la renuncia para hablar con el General Huerta. La entrevista es larga. Huerta juzga indecoroso mezclar a los Ministros extranjeros en los asuntos políticos del País. La renuncia debe presentarse inmediatamente al Congreso: Si no se hace así, no responde de nada. El Ejército y el pueblo se encuentran excitados, los partidarios de Félix Díaz quieren hacer una degollina brutal; él se ha visto seriamente comprometido en la madrugada, cuando se ha negado a entregar los prisioneros a los hombres de la Ciudadela, que, según Huerta, son los que tienen la fuerza. Les ha oído hablar de asaltar Palacio, de acabar con toda la familia Madero; carece de autoridad mientras no se le entregue el Poder, y teme que si el acto se retarda, pasen acontecimientos que él deplorará, pero de los que, advierte, no asume responsabilidad, pues teme que los soldados no le obedezcan. Si se aplaza la renuncia, pueden surgir motines y carece de elementos para reprimirlos. Si estos estallan, habrá una verdadera hecatombe: el pueblo está enfurecido, los partidarios de Félix Díaz lo azuzan a toda hora, y ninguno de la familia va a salvarse. La única manera de salvar a todos, es que tenga poder efectivo, que se le

entregue la Presidencia, y entonces responde de todo, porque ya tendrá autoridad para imponerse, y con el Poder, la seguridad de que la tropa le obedezca. Sus palabras son más apremiantes a cada momento.

El señor Lascurain comienza por convenir en que no deben mezclarse en el asunto los Ministros extranjeros. Después vacila sobre la entrega de la renuncia. Se conviene en que para que la trasmisión del Poder se haga constitucionalmente, una vez aceptadas las renunciaciones de los señores Madero y Pino Suárez, al quedar el señor Lascurain como Presidente Interino, nombrará a Huerta Ministro de Gobernación, y renunciará inmediatamente para que el mando recaiga legalmente en este último.

Así, Huerta asegura que todo se arreglará satisfactoriamente y responde de la vida de todos; pero siempre que se hagan las cosas en el acto, antes de que los de la Ciudadela puedan maniobrar. Es el fantasma con que impresiona al señor Lascurain y sus compañeros de Gabinete que lo acompañan en aquellos momentos angustiosos.

El señor Lascurain vuelve a vacilar, consulta con sus compañeros, se pide la opinión de alguno de los miembros de la familia Madero y todos creen que hay que pasar por las horcas caudinas que impone el General Huerta, en cuyas manos está la vida de todos. Se le exigirán garantías suficientes.

El señor Lascurain regresa donde está el General Huerta y le pide garantías efectivas para la vida de Madero y Pino Suárez. "Las que usted guste," dice amablemente; pero repentinamente frunce el ceño y agrega: "O se tiene confianza en mí o no. Si no se tiene confianza en mí, es inútil que sigamos hablando."—

Violentamente se detiene, lleva la mano al cuello, y de debajo de la camisa saca un escapulario, una medalla de la Virgen de Guadalupe y otra del Sagrado Corazón de Jesús, que penden de una cadenita de oro de su cuello. —“Esto, dice mostrándoselas a Lascurain, las puso a mi cuello mi madre. Por el recuerdo de ella, ante estas santas imágenes, juro a usted que no permitiré que nadie atente contra la vida del señor Madero,” y respetuosamente besó las imágenes.

El señor Lascurain, hombre honorable, católico ferviente, quedó convencido y entregó las renunciaciones!

En seguida se dirigieron todos a la Cámara, allí se extiende el nombramiento del General Huerta como Ministro de Gobernación, el acta de protesta y la renuncia del señor Lascurain a la Presidencia de la República. Los Diputados están reunidos, no se les pasa lista, la cosa urge y no es preciso que conste el número de los que concurren a la sesión. Se llama a todos. Si no se encuentra al propietario se lleva al suplente. Se urge la presencia de los que se tiene a mano y se busca con la policía a los que se han ocultado. Todos se agitan, y discuten la situación, cuando repentinamente se abre la sesión de la Cámara, y se da cuenta con la renuncia de los señores Madero y Pino Suárez. El dictamen se presenta inmediatamente. En él se consulta la aceptación de las renunciaciones. Sólo ocho diputados votan en contra del dictamen: son los señores Alarcón, Escudero, Hurtado Espinosa, Méndez, Morales, Navarro Luis T., Ortega y Rojas.

Momentos después se lee el oficio en que se participa el nombramiento del General Huerta, como Ministro de Gobernación, único acto oficial que como Presidente de la República, hace el señor Lascurain y en seguida

la renuncia de éste, que se acepta inmediatamente. (2)

El General Huerta y sus ayudantes no han abandonado un momento el local donde se reúne la Cámara, ahí están pendientes de todos los movimientos, y probablemente resueltos a llegar hasta donde fuere necesario para no dejar escapar la presa. Las palabras del General Huerta a los Diputados han sido bien claras y sus oradores no dejan que se olviden. La Cámara de Diputados del XXVI Congreso Constitucional no se opondrá a nada, no se fijará en si hay el número de Diputados presentes, ni si los renunciantes tienen la libertad necesaria para acto de tanta trascendencia. Para que no quede constancia de lo primero, contra todos los precedentes no se insertarán en el acta los nombres de los Diputados que han votado por la afirmativa; así quedará, únicamente, la declaración de que eran más de ciento veinte e imposible de averiguar, con el tiempo, la verdad. Algunos de los miembros de la Cámara, privadamente, preguntan si las firmas de las renunciaciones son auténticas. El Secretario de Hacienda puede certificarlo, se les dice, si no las abonara la honorabilidad del señor Lascurain. Ante las vacilaciones de éste, se ha esgrimido el argumento del terror; para con los diputados, ni ese trabajo se toma el General Huerta; los partidarios de don Félix Díaz lo hacen todo. Huerta sólo hace acto de presencia, la cobardía de la Cámara el resto. Huerta queda consagrado oficialmente, Presidente Interino de

(2)—Las actas de las sesiones extraordinarias de la Cámara de Diputados, y del Congreso de la Unión, tal como las publicó el “Diario de los Debates,” órgano oficial del Congreso Mexicano, Correspondientes al Miércoles 19 de Febrero de 1913, se encuentran en el Apéndice de esta obra, no habiendo suprimido más que los discursos que no tuvieron significación política.

la República, esa misma noche. Una vez que hubo protestado, se retiró y ya nadie pudo verlo.

Otros acontecimientos se han desarrollado ese día en la Intendencia de Palacio, donde está preso el señor Madero. Llega su familia. El Presidente se arroja al cuello de la señora su madre y le dice:—"No sé qué venda me puso el señor en los ojos, que no me dejó ver lo que Gustavo me decía."—"Hijo, responde la señora, no es este momento de hacer reproches; debemos rogar a Dios que salve a los vivos y que en su infinita misericordia, perdone a los muertos." Hasta esos momentos, el señor Madero no se enteraba de la muerte de su hermano, pues se procuró que no leyera los periódicos que daban cuenta del suceso, y ninguno de los visitantes se atrevió a hablarle del asunto. La familia, poco después, se despidió para ir a hacer los preparativos de viaje.

El señor Pino Suárez, por su parte, había escrito una larga carta a su Esposa, que entregó, junto con el dinero que portaba, al Ministro de Cuba, don Manuel Márquez Sterling, quien puntual a la cita, había llegado, no dos horas antes como se había convenido, sino con cerca de tres de anticipación, para acompañar a los prisioneros en el proyectado viaje.

Don Ernesto Madero también llegó. Después de algunas vacilaciones y de salir a hablar por teléfono, según decía, urgido por el Presidente, declaró que la renuncia, contra lo dispuesto por el señor Madero, había sido presentada, ante las exigencias del General Huerta y como medida salvadora para todos, refiriendo brevemente lo acontecido. "Por segunda vez, exclamó el Sr. Madero, hemos caído en el lazo tendido por ese hombre! Corre, corre, agregó dirigiéndose a don Ernesto Made-

ro, y dile a Lascruain que no renuncie él, hasta que nosotros estemos en Veracruz." Don Ernesto Madero salió inmediatamente, y a poco regresó. "Llegué tarde, dijo, ya Huerta es Presidente y en estos momentos llega a Palacio, después de prestar la protesta ante el Congreso." En efecto, la guardia de Palacio, acababa de hacer los honores al nuevo Presidente de la República.

"Estamos perdidos, dijo el señor Madero, nadie me quita dos años de Penitenciaría, cuando menos."

¡Pobre señor Madero, ni por un momento cruzaba por su mente la idea de que podía ser asesinado! En cambio, el Vicepresidente Pino Suárez, no se hacía ilusiones, y apoyados los codos en las rodillas, sostenía su cabeza con ambas manos, sin hablar una palabra. Aquel hombre pensaba en su familia, en sus hijos, todos muy niños, que iban a quedar en la orfandad, en la miseria! De vez en vez, el señor Pino Suárez movía la cabeza, como quien quiere arrancarse una idea que se obstinaba en quedar fija en su cerebro, para caer en seguida en la muda reflexión en que estaba embebido. Su esposa llegó y se cruzaron breves palabras. El señor Pino Suárez recogió del Ministro de Cuba la carta y objetos que le había entregado, y los dió a su esposa. Ambos, comprendiendo la gravedad de la situación, acertaron la entrevista; pero él especialmente, tomó empeño en que fuera sumamente breve. Quizá esperaba por momentos un episodio trágico y deseaba evitar el espectáculo a su esposa, porque cuando ésta salió de las habitaciones donde estaban los prisioneros, el ex-vicepresidente respiró con amplitud!

Entró la noche, el tiempo avanzaba y no veían preparativos de viaje. El General Angeles hizo la observación de que los centinelas se cambiaban con frecuencia

y que el oficial de guardia, por la actitud que había asumido, seguramente había recibido nuevas órdenes. Advertido el señor Madero, se enviaron emisarios que inquirieran lo que pasaba; pero ninguno de ellos regresaba. A todo el que salía del aposento, ya no se le permitía entrar. Estaban incomunicados. Así fueron saliendo uno tras otro, todos los que habían ido a visitar al señor Madero. El Ministro de Cuba fué el único que quedó. Don Ernesto Madero le expresó el temor de que fuera a sucederles algo desagradable al señor Madero y sus compañeros de prisión, y le rogó se quedara. El honorable diplomático accedió a ello, pensando que su presencia podría evitar que fueran asesinados esa noche. (3)

Cuando don Ernesto Madero se retiró, el ex-Presidente de la República recobró toda su calma. Convenido de que el viaje no se efectuaría, se había opuesto en un principio a que el Ministro de Cuba pasara una mala noche; pero ante la insistencia del señor Márquez Sterling y de su tío don Ernesto, quienes para convencerlo le hicieron ver la posibilidad de que el viaje tal vez sólo se había pospuesto, y pretendieran se efectuara en la madrugada, acabó por consentir. Preparó con tres sillas y una frazada un lecho para el señor Márquez Sterling, y otro idéntico para él. Cuando logró que el Ministro de Cuba se acostara, lo cubrió con otra frazada, él se envolvió en otra, y se acostó. Momentos después, estaba profundamente dormido. El señor Pino

(3)—La conducta del Ministro de Cuba, señor don Manuel Márquez Sterling en todos estos acontecimientos fué tan altruista, tan enérgica y llena de tan leal simpatía para México, que ella vivirá en el recuerdo de todos los mexicanos como prenda de amistad que la República hermana nos dejó en circunstancias tan aflictivas.

Suárez permaneció en la posición que he descrito, toda la noche.

El señor Lascurain, después de hacer entrega del Gobierno que tan interinamente había tenido a su cargo, salió de la Cámara y fué en busca del Ministro de Cuba a la Legación, para ir con él a Buena Vista, después de que el General Huerta le aseguró que ya debían estar allá el señor Madero y los suyos. No encontrando al Ministro, se fué directamente para la estación de Buena Vista, donde ya estaba la familia esperando al señor Madero; pero éste no llegaba. Se habló por teléfono, nadie daba razón de lo que sucedía. Al fin, después de dos horas de espera, pudieron hablar con el Coronel Maass, sobrino del General Huerta y Jefe de su Estado Mayor, les informó que el Presidente se había acostado, olvidando firmar las órdenes correspondientes y que hasta el día siguiente no se le podría hablar. Convencidos de que el viaje no se efectuaría, la familia Madero se retiró al domicilio donde estaba albergada. Allí los dejó el señor Lascurain, yéndose después para su casa.

A la mañana siguiente se sirvió a los presos el desayuno, (tal como lo acostumbraban en Palacio); pero el señor Pino Suárez, temiendo que estuviera envenenado, no quería permitir que el Ministro de Cuba lo probara. El señor Márquez Sterling, precisamente para dar ánimo a los prisioneros, violentamente llevó el vaso de leche que estaba sobre la mesa a sus labios y dió un sorbo. Tranquilizado el señor Pino Suárez, todos se desayunaron con apetito.

El señor Lascurain, acompañado de los señores Vázquez Tagle y Gurza, pasó todo el día haciendo esfuerzos para ver al General Huerta; pero todos fueron inútiles. El nuevo Presidente tenía que asistir al acto de la pro-

testa de los Ministros; estaba muy ocupado. Tenía que atender a muchos asuntos urgentes, y mandó suplicarles que lo excusaran, que más tarde lo verían. Al día siguiente, tampoco fué posible ver al Presidente Interino. Seguía muy ocupado, como la víspera. Tenía que recibir al Cuerpo Diplomático y despachar muchas cosas urgentes.

Pretendieron hablar con el General Blanquete; pero tampoco pudieron verlo. Al dirigirse a los salones de la Presidencia, encontraron al señor Robles Gil y lo abordaron. El señor Robles Gil les manifestó que había muy mala atmósfera contra el señor Madero y que, aún cuando él se había opuesto, y seguiría oponiéndose a que se le matara, temía que sus trabajos fueran infructuosos, dada la actitud de casi todos los otros Ministros. (4)

Los ex-Ministros acordaron insistir con los Ministros del General Huerta, dadas las palabras del señor Robles Gil, para ver si salvaban la vida del señor Madero. Hablaron con el señor de la Barra y con el señor Vera Estañol, los señores Lascuráin y Vázquez Tagle, pues el señor Gurza, para dejar mayor libertad al primero, prefirió quedarse esperándolo en el Patio de Honor de Palacio, donde a poco habló breves palabras con el señor Esquivel Obregón.

Tanto el señor de la Barra como el señor Vera Estañol aseguraron que las vidas de los señores Madero y Pino Suárez no corrían ningún riesgo, y que serían trasladados a la Penitenciaría. Los señores Lascurain y

(4)—Esta escena la he oído referir al señor don Jaime Gurza, en presencia de varias personas, entre ellas don Felicitos Villarreal, actual Ministro de Hacienda en el Gabinete del señor Carranza.

Vázquez Tagle solicitaron permiso para hablar con el señor Madero y en el acto se les concedió.

En la entrevista el señor Lascurain explicó al ex-Presidente por qué no se había obsequiado su acuerdo relativo a la renuncia en los términos que lo había dado. El señor Madero dió un abrazo al señor Lascurain expresando a todos sus antiguos ministros su agradecimiento por lo que habían hecho y aceptó las explicaciones del señor Lascurain. Cuando se retiraron, el señor Madero dijo al señor Pino Suárez: "Si vuelvo a ser Gobierno no tendré por Ministros a quienes por su bondad resultan medios hombres. Me rodearé únicamente de verdaderos hombres!" Y se sonrió.

El señor Madero no perdía sus ilusiones ni en las circunstancias más trágicas de su vida. Cuando hablaba de la posibilidad de volver a gobernar, su muerte estaba ya decretada, y sus verdugos, únicamente discutían la manera de cómo debía ser sacrificado, sin aparecer ellos responsables! Soñaba despierto, mientras sus asesinos, siempre alerta, preparaban el cadalso en que debía ser consagrado como mártir!

* * *

Alarmados los ex-Ministros con las palabras del señor Robles Gil, bien significativas por cierto, se reunieron en la tarde en la casa del señor Lascurain y discutieron lo que debían hacer. El señor Vázquez Tagle, que estaba furioso, pretendía que se pidiera amparo inmediatamente; pero al fin se acordó que la medida podría precipitar los acontecimientos y sobre todo, que dadas las seguridades de los señores de la Barra y Vera y Estañol, el peligro no parecía tan inminente y por último, que debían consultar con la esposa del señor Madero.

El veintidós, tampoco fué posible ver al General Huerta, no obstante los esfuerzos que hicieron los ex-Ministros del señor Madero. Desde que había obtenido la renuncia el Presidente Interino era invisible.



CAPITULO XLVI.

"LA MUERTE DE MADERO" (1)

El sábado 22 de Febrero, como de costumbre en esos días, se reunió el Consejo de Ministros a las once de la mañana. Concurrían, además de los Ministros que estaban en la ciudad, el General don Félix Díaz, que se consideraba copartícipe del Poder con el General Huerta, y el Comandante Militar de la Plaza, General Aureliano Blanquete.

El General Blanquete, a poco de comenzado el Consejo, manifestó que necesitaba se definiera la suerte de los señores Madero y Pino Suárez, a quienes tenía presos, pues no quería incurrir en responsabilidades legales en cuestión de tanta trascendencia. Iniciado el debate sobre la suerte de los dos ex-funcionarios, el Ministro de

(1)—La versión que doy en este capítulo sobre los acontecimientos preliminares a la muerte del señor Madero, me fué dada en México, a raíz de los acontecimientos, por persona que por su posición conocía perfectamente cómo habían acaecido los hechos. Para ratificarlos acudí después a don Enrique Zepeda, Gobernador del Distrito e íntimo amigo del General Huerta, y en presencia del señor licenciado don Vicente Sánchez Gutiérrez, le hice conocer esta parte de mi libro, y me dijo que la relación era exacta en todos sus detalles.

Estando en Nueva York, casualmente me encontré a don Manuel Calero; hablamos de mi viaje y de la publicación de esta obra. A los pocos días, el señor Calero me visitó solicitando que hablara con el señor licenciado don Toribio Esquivel Obregón, Ministro del General Huerta cuando el asesinato del señor Madero, y quien acababa de llegar a dicha ciudad. El señor Calero se mos-

Justicia, licenciado don Rodolfo Reyes, manifestó que en su concepto, era indispensable matarlos para evitar que surgiera una contra-revolución que haría estériles los sacrificios hechos y la sangre derramada. El Ministro de Guerra, General Mondragón, apoyó resueltamente la opinión de su colega el de Justicia, y el Ministro de Fomento, Ingeniero don Alberto Robles Gil, la combatió, diciendo que él también creía necesaria la muerte de los señores Madero y Pino Suárez; pero que había pasado la oportunidad, y en política, esas cosas, cuando se hacían fuera de oportunidad eran crímenes. Insistieron los demás Ministros, y uno de ellos, el más caracterizado, repuso que era un crimen mayor lanzar a la Nación a una nueva revuelta, que difícilmente encontraría eco en el País, si no existían las cabezas de los dos ex-funcionarios, pues la restauración, sólo en nombre de ellos podía iniciarse.

Ya el debate en su punto álgido, intervino el Presidente interino, General don Victoriano Huerta, que has-

traba sumamente apenado de que en mi relato aparecieran los señores Jorge Vera y Estañol y Rodolfo Reyes como autores intelectuales del crimen, sobre todo, estando presos, y deseaba que el señor Esquivel Obregón me convenciera de que eran inexactos los informes en que basaba este capítulo y por tanto modificara mi relato. La petición del señor Calero era justa y la atendí. Al siguiente día busqué al señor Esquivel Obregón; hablamos más de dos horas sobre el hecho, y al final de nuestra conversación yo no había podido modificar mi criterio sustancialmente.

Después encontré en las calles de Nueva York al señor licenciado Jorge Vera y Estañol y también hablamos del mismo asunto.

El señor Esquivel Obregón no recordaba con precisión los hechos. Creía que el asunto no se había tratado en Consejo de Ministros; al fin recordó que sí se había hablado de ello en el Gabinete, pero que había sido varios días antes, y por último, precisando los hechos, convino en que había sido tratado en el Consejo habido en la mañana del 22 de Febrero. Aclarado este punto, me dijo que todos los Ministros habían opinado que se consignara a los se-

ta esos momentos había estado callado, y dijo: que sobre todas las necesidades políticas estaba su honor militar; que él había ofrecido que se respetaría la vida de los señores Madero y Pino Suárez y no podía consentir ni siquiera que se discutiera otra cosa, que la manera legal de juzgarlos; y que sólo en virtud de una sentencia legítima, podía autorizar la muerte del ex-Presidente y del ex-Vicepresidente de la República.

El señor Reyes hizo observar que eso era darles impunidad para los graves delitos que habían cometido, pues si los tribunales los sentenciaban a muerte, como era seguro, el Presidente Interino no podría negar el indulto, que seguramente iban a pedirle multitud de personas, entre ellas los Jefes de Estado del Mundo entero. El General Huerta ofreció que nada resolvería sobre el particular sin el consentimiento del Consejo de Ministros, y cortó la discusión, encomendando al Ministro de Justicia el estudio legal del caso para resolver a quién se hacía la consignación de los acusados; y sin dar por terminado el Consejo de Ministros llamó para la pieza inmediata al Ministro de Hacienda, don Toribio Esquivel

ñores Madero y Pino Suárez a los Tribunales, encomendado al señor García Granados el estudio de la cuestión legal; pero que nadie había opinado por que debía matarse a los ex-funcionarios. Recordó algunos hechos al señor Esquivel y convino en que varios Ministros habían opinado que la pena que correspondía al señor Madero era la de muerte, por haber ordenado el fusilamiento del General Gregorio Ruiz. El señor Esquivel insistió conmigo en que el General Blanquete nunca había concurrido a los Consejos de Ministros y que no lo conocía hasta ese día. Respecto a don Félix Díaz, no podía precisar si había estado o no presente en el Consejo, pues constantemente salía y entraba en el salón.

El señor Vera y Estañol por su parte, me dijo que él nunca había opinado por la muerte del señor Madero. Que había dado absolutas seguridades al señor Lascurnin y a los Ministros de España y Cuba, de que nada pasaría a los presos. Que el Gabinete sí estuvo conforme con que si se quería conservar la paz, no podían

Obregón, que no había hablado una palabra sobre el asunto, y en compañía de su Secretario particular, que había llegado momentos antes con unos telegramas urgentes, se ausentó del salón.

Apenas había salido el General Huerta, el Comandante Militar, General Blanquete, hizo presente a los Ministros, que si ellos juzgaban una necesidad la muerte de los señores Madero y Pino Suárez, había que matarlos a espaldas del Presidente, porque éste, jamás daría su consentimiento, dadas las frases que había pronunciado en presencia del Consejo. Se reanudó la discusión, y al fin convinieron los presentes, contra el voto del señor Robles Gil, en que la salud de la República exigía el sacrificio de aquellas dos vidas. Acordada la muerte de los señores Madero y Pino Suárez, el Comandante Militar, que había sido quien inició la discusión y había hablado de que a espaldas del General Huerta, él haría las ejecuciones de los reos, dijo entonces que, como soldado, no podía desobedecer abiertamente las órdenes del Presidente, y que por lo tanto, no podía ordenar la ejecu-

ser puestos en libertad ni el señor Madero ni el señor Pino Suárez y se había encargado que el Ministro de Justicia, don Rodolfo Reyes, encomendara al Procurador General de la República el estudio de la manera legal de desaforar a los ex-funcionarios, para así poderlos legalmente conservar en prisión. Apremiado por algunas preguntas que sobre el particular le hacía yo, el señor Vera y Estañol acabó por decirme: Que si se habló en el Consejo de Ministros de que la pena que correspondía al señor Madero era la de muerte por el fusilamiento del General Ruiz, y por último, que no había concurrido al Consejo de Ministros en que se había resuelto el caso, como no había concurrido tampoco al Consejo extraordinario habido en la madrugada del 23 de febrero, pues él, la noticia que tuvo de la muerte del Sr. Madero, fué por los periódicos. Que a dicho Consejo sólo habían concurrido los señores de la Barra, García Granados, Mondragón y Reyes. Que él no había sido citado. El señor Esquivel Obregón a este respecto, me había dicho lo mismo, único punto en que coincidieron las versiones de los dos ex-Ministros.

ción acordada; pero al mismo tiempo dijo que con una orden del Ministro de la Guerra, entregaría los prisioneros al de Gobernación, y ya en poder de este funcionario, los rurales, que no estaban tan sujetos al Presidente de la República, pues la Ordenanza Militar no reza con ellos, podían matarlos simulando una fuga de los acusados y para este caso podía indicar al jefe rural que se encargara de la ejecución, pues tenía uno en quien podía depositarse toda confianza. Se aceptó la idea, no sin que antes, el Comandante Militar, por dos veces, pidiera a don Félix Díaz, quien se mostraba reservado, y sin decir palabra, su opinión sobre el particular, insistiendo con mucha malicia, para que el señor Díaz se pronunciara en el sentido de la mayoría de los presentes. Por fin el Brigadier Díaz dijo que pensaba como el Ministro de la Guerra, que era indispensable la muerte de los señores Madero y Pino Suárez. Obtenida esta declaración, el General Blanquete propuso se procediera inmediatamente.

Allí mismo se redactó el recibo que firmó don Alber-

La contradicción en ambas versiones no podía modificar mi criterio que está apoyado en el dicho de dos personas, una de ellas que me aseguró ser presencial de los acontecimientos, y la otra que tenía la versión de labios del General Huerta.

El señor Calero, en la entrevista que tuvimos, también me manifestó que el General Huerta le había dicho, que el día que se aclararan las cosas, se vería cómo él no había tenido responsabilidad de ninguna especie en el asunto. Lo mismo dijo el señor Lozano en un brindis que pronunció en Xochimilco.

Con el objeto de aclarar este punto completamente, sometí interrogatorios escritos a los señores Generales Huerta y Blanquete; pero ninguno de los dos quiso contestarlos.

La versión que el señor ingeniero Alberto Robles Gil dió del Consejo de Ministros, a algunos de sus amigos con quienes habló, está completamente de acuerdo con el relato que hago en este capítulo.

to García Granados (2) Ministro de Gobernación, y que escribió el Ministro de Justicia, señor Reyes, guardándolo el Comandante Militar. A instancias del General Blanquete los señores Félix Díaz y Manuel Mondragón ofrecieron que don Cecilio Ocón, que había sido el pagador de las fuerzas de la Ciudadela y por lo tanto, estaba en relación con gente a propósito para el caso, se encargaría de reunir los hombres que simularan el asalto a la escolta que debía conducir a los prisioneros a la Penitenciaría; y el Comandante Militar ofreció que inmediatamente hablaría con el jefe de rurales que debía matar a los sentenciados. Ese hombre sería el Mayor del Séptimo Cuerpo, Francisco Cárdenas, quien había estado durante los últimos meses de destacamento en el Distrito de Lerma, en el Estado de México, a las órdenes del General Blanquete. (3)

El Consejo de Ministros concluyó momentos después en que el Comandante Militar pasó a la pieza inmediata donde estaba el General Huerta para despedirse de él, y éste, de regreso, dió por concluido el Consejo. El Gral. Mondragón y el General Blanquete, se dirigieron al Ministerio de la Guerra, donde se corrieron las órdenes para la entrega de los reos y se impuso a don Cecilio Ocón, que despachaba en el Ministerio, quién sabe con qué carácter algunos asuntos, de lo acordado.

El General Blanquete insinuó la conveniencia de

(2)—El General Blanquete, cuando se ha tratado de esta cuestión ha dicho a diferentes personas, que conserva ese recibo que lo releva de toda responsabilidad en la muerte del señor Madero, pues ya no estaba bajo su jurisdicción cuando pasaron los hechos.

(3)—En el capítulo XLIII "Una Orgía de Sangre" se relata como Cárdenas se postuló para ser el autor de este asesinato.

que los hombres que debían intervenir en la simulación del asalto, fueran de la policía reservada, para impedir que el asunto se divulgara y llegara a saberse la verdad. El señor Ocón quedó encargado de hablar con el Inspector General de Policía, don Celso Acosta, quien, juzgando que era preferible emplear la gendarmería montada, ordenó se pusieran diez hombres de este cuerpo, armados con carabinas y vestidos de paisanos, a las órdenes del señor Ocón. Por su parte, el Comandante Militar, en la noche, ordenó el relevo de la guardia que cuidaba a los prisioneros, quienes quedaron bajo la vigilancia de los rurales del séptimo cuerpo. También se ordenó al Coronel Ballesteros se encargara de la dirección de la Penitenciaría inmediatamente, y se pusiera de acuerdo con el Mayor Cárdenas, para una comisión que a éste se le había confiado; pero como ya el señor Ocón y Cárdenas se habían puesto de acuerdo en todos los detalles el señor Ballesteros se limitó a encargarse de la Prisión, puesto que desempeñó tres días. (4)

Esa tarde, el Presidente y los Ministros fueron a la recepción que daba el Embajador de los Estados Unidos, para celebrar el natalicio de Washington. Mientras en la Embajada se festejaba el aniversario del nacimiento del Gran Americano y se brindaba en honor de la libertad de un pueblo, en el Palacio Nacional, minutos antes de las once, el General Chicarro, Jefe de las Residencias Presidenciales y el Mayor Cárdenas, entraban en la pieza donde dormían los señores Madero y Pino Suárez y les comunicaban la orden que tenía Cárdenas de trasladarlos inmediatamente a la Penitenciaría. Rápidamen-

(4)—Posteriormente volvió a encargarse de la Penitenciaría el señor Ballesteros, ya ascendido a Brigadier, cuando fueron encarcelados los miembros del XXVI Congreso al ser disuelto.

te se arreglaron los dos, no obstante las observaciones que hacía el señor Pino Suárez, y fueron llevados en dos automóviles: Uno, en el que iban don Francisco I. Madero, el Mayor Cárdenas y un rural; y otro, ocupado por el señor licenciado José María Pino Suárez y el oficial de rurales Rafael Pimienta a quienes también acompañaba otro rural. Se emprendió la marcha por las calles del Reloj, Cocheras y Lecumberri hasta llegar a la Penitenciaría. Allí el Coronel Ballesteros habló con Cárdenas, cuando éste bajó del automóvil, quien después de cruzar breves palabras, montó de nuevo en el coche, que se dirigió a la espalda de la Penitenciaría. En el costado Sur, lo esperaban los hombres que mandaba el señor Ocón.

El señor Madero, al volver a andar el auto, preguntó a Cárdenas (5) "¿A dónde vamos?"

—Vamos a entrar por detrás, dijo Cárdenas.

—"No hay puertas," replicó el señor Madero. No tuvo tiempo de decir más, pues al llegar los automóviles a donde estaban los gendarmes, éstos dispararon al aire y los dos automóviles hicieron alto, descendiendo inmediatamente el Mayor Cárdenas, quien dijo al señor Madero: "Baje usted, no vayan a darle un balazo estos...." El señor Madero, siempre confiado, bajó en seguida, sin decir una palabra, y al poner el pie en tierra, Cárdenas le hizo un disparo por detrás, en la cabeza, que le hizo caer instantáneamente.

El señor Pino Suárez, que desde que entró Cárdenas en la pieza que le servía de prisión, comprendió de lo

(5)—Todos estos detalles fueron referidos por el Mayor Cárdenas, personalmente a uno de mis amigos, de toda confianza, a quien encomendé le hiciera referir los hechos en una invitación que expusiera le hizo.

que se trataba, y así lo dijo al señor Madero, se resistió a bajar; pero el oficial y el rural que lo acompañaban, **empujones y golpes** le hicieron descender del carruaje. Al bajar, Pimienta le hizo un disparo; pero fuera por mala puntería, por nerviosidad o por cualquier otro motivo, el proyectil hirió ligeramente al ex-Vicepresidente, quien cayó, pero levantándose rápidamente, corrió gritando: "Socorro, me asesinan."

Cárdenas, al oír el grito, violentamente se dirigió hacia donde corría el señor Pino Suárez y con certera puntería, le dió un balazo. Esta vez herido en la cabeza el señor Pino, cayó al suelo, pero no muerto. Entonces se ordenó a los gendarmes hicieran una descarga sobre el cuerpo yacente, y Cárdenas le dió el tiro de gracia en la cabeza.

Cárdenas regresó donde estaba tirado el señor Madero y disparó un nuevo tiro sobre la cabeza del infortunado ex-Presidente de la República, no obstante que desde el primer disparo había muerto. Los cadáveres fueron llevados a la Penitenciaría, allí envolvieron al del señor Madero en un cobertor colorado y el del señor Pino Suárez en una frazada gris, llevándolos a enterrar en seguida en uno de los patios del edificio.

Se dió aviso en el acto, por teléfono, a la Comandancia Militar y a la Inspección General de Policía, que había sufrido un asalto la escolta que custodiaba a los presos, y que éstos habían muerto en la refriega.

El Presidente de la República, que no hacía mucho tiempo había llegado de la Embajada Americana, donde estuvo conversando casi toda la noche con Mr. Lane Wilson, fué informado por el General Blanquete (6) de

(6)—El General Blanquete dormía en la Comandancia Militar.

lo ocurrido, y ordenó que se llamara inmediatamente a los Ministros para un Consejo extraordinario. Alguno de los Consejeros oficiales del General Huerta llevó la farsa al grado de preguntar, por teléfono, al Comandante Militar, de qué se trataba, y si el negocio era muy urgente, pues estaba sumamente cansado.

El General Blanquete, personalmente le informó por teléfono de lo ocurrido y contestó que inmediatamente iría a Palacio. También acordó el Presidente que uno de sus ayudantes fuera a decir al Embajador Americano que le suplicaba pasara inmediatamente a Palacio.

Reunidos los Ministros, expusieron al Presidente lo acordado y que don Félix Díaz, a quien consideraban copartícipe del poder, había estado conforme en todo. Agregaron que se habían tomado tales medidas que la averiguación judicial no revelaría lo que realmente había pasado, sino que arrojaría toda la culpa sobre la familia Madero, pues en la pieza donde habían estado los prisioneros, se había encontrado un papel, de la esposa del señor Madero, que fácilmente podía ser interpretado como el aviso de una fuga preparada, y que la autopsia de los cadáveres, revelaría que los proyectiles que los habían matado no pertenecían a los soldados que iban custodiándolos, (7) por último, que para evitar que por un posible cambio en el personal del Juzgado se diera al traste con la combinación, se había pensado que el asunto se turnara a los tribunales militares, sobre los que se podía ejercer una vigilancia más eficaz. Así se hizo, y cuando el proceso estuvo en la Suprema Corte Militar, no se permitió lo viera ninguno de los empleados subal-

(7)—Los rurales están armados con mausser de 0,0075, como el Ejército Federal y los gendarmes esa noche llevaron carabinas Remington, que era el armamento antiguo y cuyo calibre es 0.44''

ternos. Sólo estuvo en manos de los Magistrados y del Secretario de la Sala revisora.

Enterado el Presidente de lo acontecido, manifestó su pena y la necesidad de someterse a los hechos consumados: El Comandante Militar, que había dado orden de que se enterraran los cadáveres en seguida, habló por teléfono para que se desenterraran violentamente, se les lavara y se procediera a hacer la autopsia, enviando para el efecto, a un médico militar, en quien el General tenía absoluta confianza. (El Dr. Villanueva.)

“En la situación que me han creado mis Ministros, decía el Presidente a sus íntimos amigos, con encargo de que divulgaran sus palabras, sólo tengo dos caminos: romper desde luego con los hombres de la Ciudadela o aceptar el engaño oficial de que ha habido un asalto a la escolta y que en él han resultado muertos los dos ex-funcionarios: Agregaba que, como desgraciadamente no tenía aún fuerza suficiente para oponerse al felicismo triunfante se veía en la imperiosa necesidad de someterse; pero que jamás perdonaría a sus Ministros lo que habían hecho. Oficialmente se ordenó declarar que la turba había asaltado los automóviles pretendiendo liberar a los señores Madero y Pino Suárez y que en la defensa que la escolta había hecho, habían resultado muertos.

Practicada la autopsia de los cadáveres, fueron depositados en féretros forrados de zinc, que se soldaron perfectamente y así se entregaron a las respectivas familias que los habían pedido para darles sepultura. El cadáver del señor Madero fué llevado al Panteón Francés, e inhumado en la primera callecilla, a la izquierda de la entrada: El del señor Pino Suárez está enterrado en

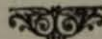
el Panteón Español. Los dos descansan en tierra extranjera!

Al separarse el Presidente de sus Ministros, pasó a la Comandancia Militar donde lo esperaba el Embajador Lane Wilson (8) Allí redactó el telegrama, dando cuenta al Presidente Taft de lo sucedido, en la misma mesa de la oficina, y en presencia de los Generales Huerta y Blanquete, telefoneando a un empleado de la Embajada para que se transmitiera.

La versión enviada al Gobierno de Washington proclamaba la mentira del asalto, que era la verdad oficial.

El público no se dejó engañar, y para todos, el principal autor del crimen lo fué el General Huerta. Los Ministros habían caído en una trama burda, y habían aceptado infantilmente el papel de autores de un asesinato que el Presidente y sus amigos habían ideado con gran astucia.

(8)—“El New York Times” publicó este capítulo sin las notas, y el señor Lane Wilson, seis días después, en una entrevista, dijo que esta parte de mi relato era una maliciosa invención. El hecho lo ha referido con todos los detalles que pongo, uno de los jefes que estaban en la Comandancia esa noche, y que vió los acontecimientos. Desgraciadamente, las condiciones en que todavía se encuentra el País, no permiten en muchos casos dar nombres, ni a los testigos declarar la verdad, pues se exponen a perder la vida. Yo, sin embargo, creo un deber hacer constar que la persona que asegura haber visto la escena que relato me merece absoluta fe, por ser un hombre serio, inteligente y veraz. Por otra parte, Mr. Lane Wilson se limitó a negar el hecho sin aducir prueba alguna que me demostrara que había sido yo engañado. En este punto, me limito por tanto, como en el caso de los señores Esquivel Obregón y Vera Estañol, a llamar la atención sobre la negativa, que a mi no me conviene, y el lector podrá formar su criterio.



CAPITULO XLVII.

EL VERTIGO DEL DINERO

Los felicistas estaban encantados. El licenciado Rodolfo Reyes y los amigos de don Félix Díaz creían que el pacto de la Embajada les daba el Poder, quizá para siempre. Habían creído engañar al General Huerta, e iban a resultar ellos los engañados.

El Gobierno había sido bien recibido, especialmente por los elementos reaccionarios: se juzgaba a los que lo integraban más competentes que los que lo acababan de dejar; se calmaba el ansia que había de que cesara el combate y que dejara el Gobierno el señor Madero, y sobre todo, sus consejeros, a quienes muchos consideraban incapaces para sacar avante al País. Además, se sabía que el General Huerta era un hombre inteligente, y cansada como estaba la Nación de tanta revuelta, se creía que todos ayudarían al nuevo Gobierno.

Algunos, sin embargo, éramos escépticos y juzgábamos que el fracaso no tardaría en hacerse público. Se nos llamaba despechados, poco patriotas, etc. Era que aparte del origen espurio de aquel Gobierno, conocíamos a los hombres que lo formaban; recordábamos la historia de todos ellos, sabíamos de lo que eran capaces, y podíamos predecir cuál iba a ser su labor efectiva. No nos equivocamos, desgraciadamente!

Bien pronto el público comenzó a ver claro y a per-